

CONOCER, AMAR Y PRACTICAR

Hno. Edgard Hengemüle fsc¹

Postulantado La Salle, Sapucaia do Sul, Brasil

Distrito La Salle Brasil - Chile

RESUMEN

La Salle y los primeros Hermanos quieren que sus alumnos, al mismo tiempo, aprendan lo que se les enseña, lo aprecien y lo apliquen en su vida. En eso, juega papel importante la relación positiva maestro-alumno. Ella facilita el aprendizaje y el logro general de la educación lasaliana. Dicha relación se ha de caracterizar por el equilibrio entre la firmeza y el afecto, expresados bajo el ropaje austero del siglo XVII. El aprendizaje y el aprecio en función de la práctica están igualmente condicionados al ofrecimiento de contenidos significativos para la vida del alumno, y a su desarrollo con metodologías eficientes y agradables.

Palabras-clave: gravedad, ternura, conocimiento, amor, exigencia, tocar el corazón, utilidad.

El tiempo de La Salle es un período caracterizado por la manifestación reprimida y formal de los sentimientos y de las emociones, dentro del contexto de moderación y equilibrio que hacía parte, entonces, de aquello que se designaba por modestia. Conforme a las *Reglas de cortesía y urbanidad cristianas*, un libro de buenos modales escrito por el creador de las “Escuelas cristianas”, el tipo de relaciones propuesto entre las personas era, al mismo tiempo, algo respetuoso y ceremonioso, en la lógica de esa verdadera liturgia social que marcaba la etiqueta en el tiempo de Luis XIV.

En el mundo de la educación, quien se maneja con la sensibilidad actual y está acostumbrado a las prácticas relacionales de hoy, ciertamente extrañará que la *Guía de las Escuelas*, de La Salle y sus cofundadores, insista tanto en la gravedad del maestro durante su contacto con los alumnos, que exija del educando un respeto prácticamente sagrado hacia el maestro y que toda la segunda parte de ese manual didáctico-administrativo esté dedicado a la disciplina escolar. Pero, quien esté desapasionadamente atento, percibirá que, detrás de esa gravedad, de esa exigencia de respeto y de rigor disciplinario, palpita un corazón de educador con interés personalizado en su discípulo, de alguien que, al estilo propio del tiempo en que vivía, le quería bien, y muy bien.

La Salle no disponía de los fundamentos teóricos actuales para afirmar la presencia del afecto y de la emoción en el acto de construcción del conocimiento. En su tiempo, no estaba ni conceptual ni empíricamente desarrollada la certeza que, en el desarrollo

¹ Con Maestría en Educación. Profesor de Historia de la Educación. Maestro de Lasallismo en casas de formación. Autor de: *La Salle, lectura de unas lecturas*; *El Patrono de los Educadores en la Historia de la Educación*, y *Educación en y para la vida: Perspectiva de la identidad de la educación lasallista*. E-mail: ehengemule@lasalle.org

cognoscitivo, las dimensiones afectiva y emotiva son esenciales; que el conocimiento, el afecto y la emoción son más que complementarios; son inseparables, íntimamente imbricados e implicados. Pero, sobre todo, al hablar de la instrucción religiosa y del compromiso del educador cristiano de llevar a los alumnos a traducir en lo concreto del día a día los conocimientos adquiridos, nuestro pedagogo y santo no sólo asocia el conocimiento con el afecto y la emoción; también asocia, el conocimiento, el afecto y la emoción a la práctica de la vida. Y, al hacerlo, da a entender que, para realizar el bien, no basta conocerlo, sino que además es preciso amarlo, tenerle gusto, aprecio; esto es, saber su valor y estar dispuesto a pagar el precio del esfuerzo exigido por él.

Las verdades que el Espíritu Santo enseña a los que lo han recibido, son las máximas diseminadas por el santo Evangelio; Él se las hace *comprender* y se las hace *gustar*, y los mueve a *vivir* y a *actuar* según las mismas (MD 44,2,1).

Como es este Espíritu que ilumina a todo hombre venido a este mundo, sea también Él quien les *aclare* [a los alumnos] el espíritu y los mueva a *amar* y *practicar* el bien que les enseñáis (cf. MR 195,3,2; MR 197,1,2; 2,1 y 2,2).

Espíritu Santo, cuando, por tu luz, haya *conocido* la verdad, dame tu *amor*, que me haga *practicarla* (CE 1,2,2).

La Salle tampoco desarrolla teóricamente la idea de que, en esa dinámica, la relación profesor-alumno influye en el proceso de adquisición del conocimiento; si es positiva, lo facilita, es agente motivador de aprendizaje; en caso contrario, lo dificulta o, por lo menos, lo torna menos eficaz. Nuestro pedagogo de Reims intuye, sin embargo y, más aún, verifica experimentalmente que, en el caso de no ser buenas las relaciones educativas, no sólo sufre el aprendizaje, sino que también está amenazada la asiduidad del alumno a clase, cuando no su propia permanencia en la escuela:

La 4ª razón por la que se ausentan los alumnos es que sienten poco afecto hacia el maestro, que no les es simpático, ni conoce la manera de ganárselos, y que muestra un exterior sombrío y adusto [...]; no tiene más recurso que el rigor, la dureza y los castigos. Por lo cual los alumnos no quieren asistir a clase, incluso habrá que llevarlos a la fuerza. El remedio para todo este tipo de ausencias será que los maestros se esfuercen por ser atrayentes y mantener un exterior afable, digno y abierto [...] que se hagan todo a todos sus alumnos... (GE 16,2,15 – 16,2,16).

El educador no debe temer el conquistar, mover el corazón de sus discípulos; por el contrario, debe esmerarse por hacerlo, por ganarles la confianza y el afecto. Ésa es la gracia de su estado. Es ése uno de los milagros que puede realizar (MD 43,3,2; 81,2,2. MF 180,3,2). Ese conquistar los corazones, esa relación positiva profesor-alumno hace más que contribuir al aprendizaje eficaz de los contenidos; colabora para el logro de los grandes objetivos que la educación lasaliana se propone: es camino pedagógico para llevar a los discípulos a que vivan una vida cristiana. Es trampolín para proyectarlos hacia Dios:

¿... aprovecháis el afecto que os profesan para conducirlos a Dios? Es necesario que veáis la obligación que tenéis de ganar su corazón como uno de los principales medios para moverlos a vivir cristianamente. Reflexionad a menudo que si no os valéis de este medio, los alejaréis de Dios, en vez de conducirlos a Él (MD 101,3,2; MF 115,3,2; cf. 157,3,2).

De ahí la insistencia del creador de la Escuela Normal en que sus discípulos tengan, con los niños, amor, caridad, ternura, “cariño todo especial” (MF 80,3,2; 101,3,2; 133,3,2; 137,2,2; 173,1,2; 179,1,1; 189,1,2): “Los Hermanos amarán tiernamente a todos sus alumnos” (RC 7,13; cf. MF 166,2,2).

Al cotejar la figura y función del maestro con Jesús el Buen Pastor, La Salle recuerda que, en el encargo de la educación,

... es necesaria [...] especial ternura con las almas que les están confiadas, de modo que sean muy sensibles a todo lo que pueda afectar o herir a sus ovejas. Esto es lo que mueve a las ovejas a amar a su pastor y a complacerse en su compañía, porque encuentran en ella su descanso y su alivio (MD 33,2,1).

Evidentemente, no se habla de un amor abstracto, de puro sentimiento, sino de un amor concreto, expresado en palabras audibles, en gestos sensibles, en acciones eficaces de vida: acogida, atención a lo que ocurre con el educando, reconocimiento y valorización de sus esfuerzos, motivación y apoyo a su crecimiento, cuestionamiento oportuno... A propósito, Don Bosco escribía, en una carta en 1884: “No basta amar a los jóvenes; es necesario también que ellos se sientan amados” (Braidó, 1989, p. 141). Aspecto que La Salle, casi doscientos años antes, ya había dicho de otra forma, presentando el amor palpable como evidencia del celo, esto es, del interés y de la acción creativa del maestro por el bien del educando: “Por su celo, procurad dar señales sensibles de que vosotros amáis a aquellos que Dios os confía” (MD 201,2,2).

Ese amor tampoco significa ausencia de firmeza en las exigencias o capitulación ante caprichos o desviaciones de conducta. Es consistente con el ejercicio correcto de la autoridad de la que el maestro está investido e, inclusive, se expresa a través de ella. Se trata, sin embargo, de conservar un conveniente equilibrio en este ejercicio, así como también en el trato con el educando en general: “La firmeza no puede degenerar en dureza, y la dulzura en languidez y laxitud” (GE 15,0,6). Y esto en todo momento, incluso en los más delicados cuando el “amor” tiene que manifestarse “exigente”; por ejemplo, en el momento de la corrección. “¿Por qué usted no hace como los Hermanos? Ellos no nos castigan de esa manera -dice un niño llorando, un día, a su madre descontrolada que lo castigaba duramente” (Blain II, p.102).

Al hablar del maestro como ángel de la guarda para los alumnos, La Salle hace recordar, inclusive, lo que practicó el educador Janusz Korczak en 1942 al acompañar a sus alumnos a las cámaras de gas del campo de exterminio de Treblinka: “Y vuestro celo en esto debe ir tan lejos que, para contribuir a ello, estéis dispuesto a dar vuestra propia vida. ¡Hasta tal punto tenéis que querer a los niños de quienes estáis encargados!” (MR 198,2,1).

A esto habría que añadir que los pequeños a quienes los maestros de La Salle son invitados a mover los corazones pertenecen, en su gran mayoría, al mundo de los pobres. Son pobres materialmente, una vez que sus padres no tienen cómo pagar profesores; ellos mismos, además del estudio gratuito, tampoco pagan los libros, y muchos de ellos no pueden traer a la escuela lo necesario ni para desayunar ni para la merienda; andan vestidos con andrajos y, eventualmente, son inclusive autorizados a faltar al aula para comprar ropas, calzado, gorro y por cualquier otra necesidad semejante. Y ellos no tienen, para presentarse a sus maestros, “más que sus corazones, dispuestos a recibir” sus instrucciones (MR 194,1,1 y 1,2; GE 14,1,9; 2,1,1; MF 96,3,2;

GE 1720, p.182). Son pobres intelectualmente. Como dice La Salle a sus maestros, los que se dirigen a ellos “ven en medio de la noche”. “Esto indica, dice san Agustín, su mucha ignorancia” (MD 37,2,1). Espiritualmente, son: 4

... como huérfanos pobres y abandonados. En efecto, aunque la mayoría tengan padre en la tierra, en realidad, es como si no lo tuvieran, y viven abandonados a sí mismos en lo referente a la salvación del alma. Por esta razón los pone Dios, en cierto modo, bajo vuestra tutela (MD 37,3,1).

Y ellos son pobres afectivamente. Fiévet (2001), estudiando la clientela de las escuelas cristianas, observa:

No obstante el vocabulario espiritual austero del siglo XVIII, Juan Bautista de La Salle, especialmente en sus *Meditaciones* vuelve 222 veces al término *bondad* y 78 veces al término *ternura* [...]. En el mundo duro que era el suyo, en familias en las cuales muchos niños no habían tenido la experiencia de ternura de su madre (por causa del fallecimiento prematuro de ella, o de madres nutricias sucesivas), la vivencia de un tipo de relaciones en que el niño se siente amado y sabe que puede retribuir con amor, correspondía, sin ninguna duda, a una de sus más profundas expectativas (Fiévet, 2001, pp. 146-147).

Eso en cuanto a la presencia del afecto en la relación profesor-alumno. Pero la calidad de esa presencia también influye cuando se trata de la relación del alumno con el conocimiento en cuya producción el profesor lo orienta. La cualidad de esa relación afectiva alumno-conocimiento depende de varios factores. Uno de los fundamentales es la percepción o no que el educando tenga del sentido, de la utilidad de los contenidos cuyo aprendizaje se le propone. Si tal percepción es positiva, ella lo motivará, lo estimulará, lo comprometerá en el proceso de aprendizaje, hará que desee dominar los contenidos a estudiar.

El sentido y la utilidad de la escuela de La Salle en general, y del currículo en ella desarrollado en particular, es una de las cosas más evidentes en el proyecto educativo lasaliano.

En el Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, se da “la educación que conviene a los niños” (RC 1,3) y jóvenes. Las obras con las que La Salle se compromete a favor de ellos no son fruto de elucubraciones hechas en un escritorio; son una respuesta puntual a sus realidades, ofrecen soluciones a sus necesidades educativas y pastorales.

Aquello que La Salle escribió en relación a los castigos, se puede, prácticamente, aplicar al conjunto de las cosas a ser exigidas a los estudiantes lasalianos: “Cualquier cosa que no tenga utilidad jamás debe ser impuesto” (GE 15,9,5).

Ese criterio comienza funcionando en la selección de los contenidos a desarrollar. No se trata de enseñar cualquier contenido. Las enseñanzas lasalianas no son inútiles. Ningún adorno para el alumno, por más brillante que pueda lucir. Lo que se enseña tiene que servir para la vida del pobre.

Ejemplos:

Primero, en vez de iniciar el aprendizaje de la lectura por el latín, se comienza por el francés:

La lectura del francés es de utilidad mucho mayor y más universal que el del latín. ¿Cuál utilidad puede tener la lectura del latín si nunca lo utilizarán en la vida?... cuando se comienza a enseñar a los niños la lectura en francés, al menos lo saben leer al salir de la escuela; y sabiendo leer correctamente el francés, pueden ellos mismos instruirse... (MLF 1; 6,1; 8,1; 8,2).

Segundo; en el nivel nueve de lectura, esto es, en el tope del aprendizaje de esa materia, se leen registros, y determinados tipos de registros. Y eso, ¿por qué? Porque “es de gran utilidad que los alumnos los lean” (GE 3,10,3) en razón de que dichos registros eran manuscritos; y porque, además una gran proporción de lo que se leía en ese tiempo eran efectivamente manuscritos.

Tercero: la ortografía y el octavo orden de la escritura redonda son aprendidas por la copia de cosas prácticas, que servirán al alumno a lo largo de su vida:

El modo de enseñarles ortografía será haciéndoles copiar cartas manuscritas, sobre todo cosas cuyo aprendizaje pueda ser útil y que vengan a necesitar después, como promisorias, recibos, contratos de trabajo... (GE 6,0,2; 4,4,14; cf. 23,3,11).

A esta práctica concreta, de opción por contenidos útiles y, por tanto, significativos para los alumnos, se añade, muchas veces, la argumentación teórica sobre su utilidad y sentido. En el caso de la enseñanza de los contenidos religiosos y de la vivencia de la religión, a esa utilidad y sentido se suma la necesidad de conocer ciertas verdades incluso especulativas y de vivir las verdades prácticas, o máximas, para salvarse (MR 194,3,1). Tratándose de buenas maneras, la motivación para realizarlas también es de carácter religioso, carácter que no parece extraño en un tiempo de cristiandad: se debe tener decoro consigo mismo y respeto hacia los otros a causa de la presencia de Dios en las personas, por ser ellas miembros de Jesucristo y templos vivos del Espíritu Santo y animados por Él (RU 0,0,6). Pero, en relación a contenidos como la lectura y la escritura, la insistencia motivadora es de naturaleza humana, y puramente humana: ambas son indispensables para los hijos de los artesanos y de los pobres que desean progresar en su vida; no sabiendo leer ni escribir, “prácticamente nunca serán aptos para empleo alguno”; sabiendo hacerlo, por menos inteligentes que sean, serán capaces “de todo” (GE 16,2,18 y 16,2,21).

Es sabido que una relación positiva del alumno con el profesor y la percepción, por el alumno, del significado para la vida de aquello que estudia, junto a factores como una adecuada metodología, reducen significativamente los problemas de disciplina. En el caso lasaliano, la relación, al mismo tiempo segura y afectiva de los maestros con los alumnos, ciertamente fue una de las razones por las que, como testimonia Blain (Morales, 1990, p. 274), “el Señor de La Salle y los primeros Hermanos operaron un milagro, para la época, de que los niños ‘amasen su escuela y quisieran estar en ella’...”. Y el cuidado de hacer que los alumnos tomaran conciencia de por qué los contenidos a estudiar y el de llevarlos a estudiar cosas provechosas para su propia vida contribuyó para que, conforme a Furet y Ozuf (1977, p. 92), la “escuela cristiana” de La Salle pasase a “figurar, con frecuencia, a los ojos de la burguesía de las Luces, como el modelo de la escuela útil”. El éxito por ella alcanzado “ilustra la presión y la evolución

de la demanda social del tiempo por la escuela mejor organizada, más eficaz y socialmente útil”.

6

Es de esperar que la relación afectiva y la preocupación por responder a lo que los educandos necesitan, junto a la eficacia y la eficiencia de la enseñanza a ellos ofrecida, continúe siendo fuente de éxitos de la educación practicada por las escuelas lasalianas.

Referencias bibliográficas

Blain, Jean-Baptiste (1733). *La vie de Monsieur Jean-Baptiste de La Salle, instituteur des Frères des Écoles Chrétiennes. Relation de plusieurs choses qui non point trouve place dans l'histoire de la vie de Monsieur De La Salle et de ses premiers disciples, fort instructives et fort touchantes*. Rouen: Jean-Baptiste Machuel. Cahiers lasalliens 8.

Braido, Pietro (1989). *La experiencia pedagógica de Don Bosco*. Roma: LAS.

Fiévet, Michel (2001). *Les enfants pauvres à l'école*. Paris: IMAGO.

Furet, François y Ozouf, Jacques (1977). *Lire et écrire*. Paris: Les Éditions de Minuit.

Hermanos de las Escuelas Cristianas (2001). *Obras completas de San Juan Bautista de La Salle*. Madrid: San Pío X.

Morales, Alfredo A. (1990). *Espíritu y vida* (2º vol.). Bogotá: Montserrat.

Abreviaturas de las Obras de San Juan Bautista de La Salle utilizadas:

C	Cartas
CE	Cánticos espirituales
GE	Guía de las Escuelas
MD	Meditaciones para todos los domingos del año
MF	Meditaciones para las principales fiestas del año
MR	Meditaciones para el tiempo de Retiro
RC	Reglas comunes de los Hermanos de las Escuelas Cristianas
RU	Reglas de cortesía y urbanidad cristianas